«Permanece todavía aquí otros siete días, para que te sea revelado lo que el Altísimo tuviere á bien revelarte». (*XII*, 89).

Estamos en el **sexto período,** para el cual tampoco se le determina oración ni penitencia, sin duda por la índole de lo que se le va á revelar, que tampoco son ya altos misterios, sino el desenlace religioso-político de todo este divino drama; desenlace que viene por medio de un hombre misterioso.

Esdras permanece aún siete días en el campo de Ardath; pero transcurridos los siete días anteriores de su estancia en él, y viendo sus compatriotas que no regresaba, fuéronse á buscarle y lamentáronse dolorosamente de que así les hubiera abandonado. Contestóles que estaba orando por ellos y por la regeneración de Sión, y que pasados los últimos siete días se reuniría con ellos.

Acabado el séptimo, tuvo Esdras una nueva visión, en que se le representó un hombre saliendo del mar en figura de viento. Después le vió en su verdadera figura de hombre, debelando á éstos, desengañando á aquéllos, uniendo á los otros, haciendo prodigios y restaurándolo todo. Este es el Gran Monarca; ¿pero qué individuo era el figurado en la visión? La última revelación lo descubrió al Profeta.

«Pasados tres días más,—díjole el ángel después de explicarle la visión del hombre,—te hablaré de otros asuntos y te expondré cosas graves y maravillosas». (XIII, 56).

Llegamos, pues, al **séptimo período.** A los tres días, Esdras oye la voz del Señor que le destina á restaurar la Ley de su pueblo; y teniendo esta misión tanta analogía con la de Moisés, oye como éste la voz saliendo de una zarza. El mismo Esdras es, pues, el restaurador de la Ley, el salvador de su pueblo, el hombre salido del mar que lo arregla todo, el león del capítulo XI, en fin, el Gran Monarca.

Esdras se ha visto á sí mismo figurado en estas

visiones; ha sido profeta de sí mismo, como S. Juan Evangelista y otros grandes profetas.

«Es tan digno de notarse como asombroso—dice Cornelio à Lápide en el Prólogo al Apocalipsis,—que San Juan, viviendo aún, vió cuatro animales, y en uno de ellos, que era el águila, vióse á sí mismo representado en el cielo empíreo, asistiendo al trono de Dios y alabando al Señor entre las mentes bienaventuradas».

Cuarenta días ha durado el curso de sus revelaciones y visiones, y el Señor le dice que el cumplimiento de éstas está muy próximo. ¿Cuánto debe tardar? Por de pronto el Señor le manda rehacer la Ley, retirándose á la soledad por otros cuarenta días, con cinco colaboradores que le ayuden en tan trascendental empresa. ¿Ha triunfado ya Esdras cuando esto se le encarga? Es probable que sí, al menos dentro de su pueblo, puesto que con el cumplimiento de esta cuaresma acaba la serie de revelaciones y visiones alusivas á su triunfo.

Después, sin embargo, siguen dos capítulos, XV y XVI, donde por mandamiento del Señor predice tremendas calamidades generales, que en gran parte se pueden entender de la subversión general que habrá al fin del siglo; pero el que sepa leer, hallará una gran profecía de la guerra europea, cisma religioso y demás calamidades que vienen. Al final del XVI anuncia lo que ya empezó á realizarse meses ha; la guerra de la impiedad oficial de los gobiernos contra los religiosos y los católicos en general.

«Serán, dice, como frenéticos que no perdonarán á nadie, para robar y devastar todavía á los temerosos de Dios; porque devastarán y robarán sus bienes y los expulsarán de sus casas. Entonces aparecerá la probación de mis escogidos, como el oro que se prueba por el fuego. Oíd, amados míos, dice el Señor: he aquí llegados los días de tribulación; pero yo os libraré de ellos. No temáis, no vaciléis, porque el Señor es vuestro Capitán».

VII

La duda de Esdras.

En el período quinto ve Esdras la Monarquía española en figura de un águila que poco á poco pierde miembros y plumas, y al fin acaba siendo destrozada de una manera horrible. El profeta ve á España convertida en un infierno; no hay quien la salve entre los partidos que prometían salvarla.

El universo queda espantado de tanta iniquidad y desorden; los españoles amantes de su Fe y de su Patria están consternados, conturbados, no sabiendo qué partido tomar; toda la nación es un infierno de desorden y de llantos, interrumpidos por los aplausos de los sectarios de Luzbel. Esdras queda tan espantado de esta horrible visión, es tal el sacudimiento y la turbación que produce en su espíritu, que súbitamente vuelve á sus sentidos, cesa la inspiración, cesan su visiones proféticas, y transportado y fuera de sí por la vehemencia de la impresión, dice con gran amargura á su propio espíritu:

«He aquí que tú me has sugerido esto porque andas escudriñando los caminos del Altísimo.

»Todavía padezco fatiga de ánimo y gran abatimiento de espíritu, y apenas en mí queda fuerza, gracias al mucho temor que he padecido esta noche.

»Ahora, pues, oraré al Altísimo para que me conforte hasta el fin... etc».

Dos violentas impresiones han hecho volver á Esdras en sí; turbación, exaltación ó *exceso* de su mente, y el temor: *a tumultu et excessu mentis, et a magno timore vigilavi;* y el exceso es tal, que verdaderamente Esdras parece haber salido de un enajenamiento para caer en otro. ¿Qué *exceso* es este, que le pone fuera de sí y parece encolerizarle contra sí mis-

mo, llevar á su mente una terrible duda y casi hacerle arrepentir de su fe providencialista ó de su diligencia en «investigar las vías del Altísimo?»

Claramente es el mismo exceso de que tuvo que lamentarse el real Profeta David con estas palabras: *«Ego dixi in excessu meo: omnis homo mendax.* Yo dije en el exceso (transporte, arrebato, etc) de mi ánimo: todo hombre es falaz» (Psal. CXV, 11). O como dice en otra parte: *«Ego dixi in excessu mentis meae: projectus sum a facie oculorum tuorum.* Yo dije en un arrebato de mi genio: arrojado, Señor, he sido de tu vista». (Psal. XXX, 23).

Estas dos expresiones aluden al mismo hecho, conocido el cual, tendremos la explicación del arrebato de Esdras.

Samuel había ungido rey de Israel á David por orden de Dios; David sabía que era rey de derecho, y estaba segurísimo de que llegaría á serlo de hecho. Pero el ilegítimo rey Saúl le persiguió tan inhumanamente, que David tuvo que escaparse á país extranjero; huír luego de allí y volver al suyo; ponerse al frente de algunos desvalidos con menosprecio ó rabia de los validos y poderosos; padecer tribulaciones y peligros mil, vagando por los montes; soportar insultos, denuestos, burlas, odios y calumnias de toda clase; devorar, en fin, tales amarguras, que en una ocasión, no pudiendo ya contener el dolor de su alma y acordándose de las promesas de Samuel, que tan mal le parecían cumplirse, dejóse llevar á un exceso ó arrebato de genio y exclamó:

«No hay hombre que no incurra en falsedad; falso es lo que me prometió Samuel. Y si por ventura fuí entonces verdaderamente escogido para substituir á Saúl, hoy el Señor me rechaza, hoy me arroja de su presencia. *Omnis homo mendax.—Projectus sum á facie occulorum tuorum».*

No todos los Expositores excusan de pecado á David por este arrebato que les parece nacer de cierta

desesperación; pero á nosotros nos parece muy claro, como á otros Expositores, que si faltó en dejarse llevar de cierta desconfianza, no acusó á Samuel de mentiroso, ó en todo caso le juzgó engañado de buena fe. Lo cierto es que no sería de gran monta su falta, cuando el Señor acudió seguidamente en socorro de aquel su turbado siervo.

Y es de notar que ni el griego ni el hebreo tienen la palabra *mentis;* dicen aquél *trasporte* y enajenación, y éste *consternación* ó precipitación. El Salterio Romano vierte *en mi pavor* y S. Agustín *en lo más fuerte de la tentación;* así como en el otro pasaje vierte San Jerónimo *en mi estupor*, Símaco *en mi descorazonamiento*, y otros varios *en mi precipitada fuga.*

Con esto creemos se explica perfectamente el sentido de uno y otro pasaje, que tan varias y contradictorias versiones han tenido. La traducción, pues, del sentido literal de los dos pasajes íntegros, nos parece debe ser esta:

«Bendito sea el Señor que ostentó maravillosamente su misericordia conmigo, protegiéndome como en una ciudad fortificada. Verdad es que en un momento de perturbación puse en duda la bondad con que me protegía y dije: Arrojado he sido de tu presencia, no quieres mirarme ya; pero no naciendo de malicia aquella duda, sino de flaqueza y perturbación, me reconocí al punto, oré al Señor, y el Señor, compadecido de aquella flaqueza mía, acogió benigno mi oración». (Psal XXX, 22 y 23).

«Tuve gran fe en las promesas que el Señor me hizo por Samuel, y en virtud de mi gran fe, no temí persecuciones ni calumnias, sino que anuncié esforzadamente las maravillas y promesas del Señor y defendí los derechos de su elegido. *Credidi, propter quod locutus sum.* Pero llegué á verme profundamente humillado y abatido por la multitud de trabajos que la malicia de mis émulos hizo llover sobre mí: *ego autem humiliatus sum nimis.* Entonces, descorazonado, desconfiando de las sobredichas promesas, conturbado mi espíritu y exacerbado mi ánimo, dije: *ego dixi in excessu meo:* No hay hombre libre de engaño; hasta Samuel se engañó, puesto que todo sale al revés de la elección que hizo de mí: *omnis homo mendax.* Mas por la misericordia de Dios, recobré al punto mi fe,

oré al Señor, manifestóse en mí su protección misericordiosa y me colmó de beneficios. ¿Cómo, pues, podré yo corresponder al Señor por tantas mercedes como me ha dispensado? *Quid retribuam Domino, pro omnibus quae retribuit mihi?* (Psal. CXV, 10, 11 y 12).

«Cuando los justos,—dicen á este propósito los Comentarios de Migne,—padecen estos desamparos espirituales, creen estar muy lejos del rostro del Señor; todo les es penoso; son como tierra sin agua y padecen turbaciones muy dolorosas; pero su recurso es la oración, y es muy raro que no hallen en ésta un consuelo pronto y eficaz. Es muy santificante el período de tales penas, porque entonces es cuando los siervos de Dios aprenden á conocerse y humillarse».

Así aconteció á David. Llega al colmo de la amargura; desmaya; júzgase abandonado del Señor; habla consigo mismo, diciéndose que todo hombre es falaz; reconócese luego; hace oración, y el Señor le tiende de nuevo sus brazos amorosos.

Así aconteció también á Esdras. Espantado de tanta maldad; desconocido y calumniado de los suyos, según al principio del libro expresa; desterrado á país extranjero; vuelto á su patria figurada por el campo de Ardath, para presenciar las vicisitudes de la Tradición y predicar la buena doctrina; consagrado á sacrificarse por el bien de sus hermanos; atribulado por ellos y perseguido y amargado de mil maneras; abrumado de todo género de tribulaciones y horrorizado de ver la espantosa ruina de su Patria, apoderóse de él una especie de paroxismo moral, *excessus mentis*.

Desciende entonces de la elevada región por donde iba estudiando «los caminos del Altísimo»; pone un momento su mirada en los males de la tierra; parécenle desmentir lo que el ángel le ha inspirado y él mismo ha predicho; duda, arrebátase de dolor, y privado de luz prorrumpe en aquel doloroso grito que expresa la terrible amargura de su alma. No acusa de engaño al ángel; pero al parecer, no cree ya que tal ángel ó inspiración exista, y á su propio espíritu acusa de haberle seducido. *Ecce tu praestitisti mihi hoc.*

Sin embargo, su alma reacciona al punto; vuelve sus ojos al Dios de las misericordias, pídele que le ilustre y consuele, y el Dios de las misericordias acude á su oración, le fortalece, le ilustra, le descubre nuevos horizontes y le confirma en la esperanza de una restauración próxima.

«*Prope est Dominus omnibus invocantivus eum, omnibus invocantivus eum in veritate.* «El Señor está cerca de todos los que le invocan, de todos los que le invocan en verdad». (Psal. CXLIV, 18).

Tuvo David sus momentos de vacilación, no obstante las seguridades que la inspiración profética y el curso de los hechos le daban; túvolos Esdras, no obstante su conocimiento claro de la misión á que se le destinaba. La profecía de Dissentis coincide con la de Esdras en este y otros puntos, y la de San Francisco de Paula y de otros profetas no coinciden menos.

Y ¿qué mucho, que David y Esdras se creyeran abandonados de Dios por un momento, si el mismo Jesucristo habló como si estuviera pasando por este mismo trance, en la hora más terrible de su vida temporal? «¡Dios mío, Dios mío!, exclamó ya moribundo, ¿por qué me has abandonado?»

«De la flaqueza del hombre viene el pavor, dice San Agustín; pero la esperanza viene de las divinas promesas. Cosa tuya es el temer y don de Dios el esperar. Reconócete á tí mismo en esta flaqueza, á fin de que en tu liberación te glorifique Aquel que te crió».

Ahora bien; si profetas tan notables como Esdras y David llegaron á dudar de su propia misión; si otros muchos profetas y santos dudaron también en determinados casos, ¿quién se maravillará de que generalmente no crean á los mismos profetas los que no son profetas? ¿Quién de que Esdras fuera menospreciado y perseguido por los hijos de su misma Religión y de su misma Patria? ¿Quién de que las profecías acerca del Gran Monarca sean motivo de burla y de maledicencia para los descreídos, los mundanos, los

tibios, los flojos, los indiferentes, los viciosos, los ignorantes, los soberbios, los presuntuosos, los envidiosos, los despechados, los avezados á juzgar de todo sin cuenta alguna con la Providencia?

No sólo ellos, sino hasta los más creyentes y convencidos de hoy vacilarán mañana. No digo que se desengañarán del todo; pero sí que vacilarán muchos ó dudarán todos, pues menos motivos que ellos tenían David y Esdras para dudar, y dudaron. Más aún; Esdras llegó á quedar solo y fortalecerse *en una montaña que él se formó para sí mismo.* (Cap. XIII, 6).

Un año hace (1) que previmos y claramente anunciamos este retraimiento: no han surgido nuevas razones para confirmarlo; pero subsisten las del primer día, y repetimos la noticia contra las reglas de prudencia usuales en el periodismo.

Todo esto se da la mano con el artículo *Habemus ad Dominum*, origen de nuestra Cruzada de oraciones y penitencias, por lo cual lo pondremos por vía de apéndice á este capítulo; no erigiéndonos en monarcas grandes ni chicos, como propalan los maliciosos, sino por mera oportunidad y asociación de ideas. No es mucho que á los que preparamos, como nos es posible, los caminos del Gran Monarca, nos suceda algo de lo que al Gran Monarca debe suceder.

VIII

Esdras es el Gran Monarca.

Esdras es el mismo personaje profetizado en su profecía.

Acabamos de dar una terminante prueba de esta tesis, dimos otras en los arts. IV y V, y podríamos corroborarlas con otras muchas, pues toda la profecía

(1) Nótese que esto se escribía en Octubre de 1902.

lo demuestra; pero siendo ya una cosa tan patente, empleemos en dilucidar otro punto el espacio que aquél nos tomaría. Vamos á ocuparnos de la semejanza absoluta que tiene el personaje de la profecía con el Gran Monarca. No discurriremos muy largamente; pocas razones bastarán para demostrarlo.

Nos han dicho los profetas copiados hasta hoy por *Luz Católica,* que el Gran Monarca será desconocido, pobre, atribulado, perseguido, burlado, y que al principio no estará seguro de su misión; pero estudiará las profecías, será sabio, grande en la fe y en el amor de la Patria, español y monarca de España. Todo esto y mucho más confirma Esdras. En parte queda ya probado, y en parte lo probaremos.

Anúnciale el ángel en el cap. IV los grandes acontecimientos futuros, y Esdras le pregunta:

—«¿Cómo y cuándo sucederán estas cosas? ¿Por qué han de ser tan estériles y malos nuestros años?

—«No vayas más aprisa que Dios, le responde el ángel, pues tú te apresuras vanamente en adelantarte á sns disposiciones: es grande tu exceso.....»

—¿Puedes decirme si viviré yo en aquellos días, ó qué sucederá en aquellos días?

—«En parte puedo descubrirte las señales por que me preguntas; pero acerca de tu vida no soy enviado á ilustrarte: yo mismo lo ignoro». *(Cap. IV).*

Sin embargo, Esdras parece adquirir pronto el convencimiento de que él es el restaurador, pues de otra suerte no puede explicarse satisfactoriamente su manera de razonar y mirar por la salud del pueblo. No ha tenido desde un principio revelación clara; pero su convencimiento es consecuencia necesaria de las revelaciones del ángel. Por último, en el cap. XIX se le dice terminantemente que es él, y como á tal se le manda obrar y reformar la ley.

Del pasaje que á esto se refiere deducen varios Padres y Doctores, como arriba hemos visto, que Esdras redactó de memoria todos los libros canónicos

anteriores á él, pues ni un solo ejemplar quedaba. Con Huré y otros muchos tenemos esta opinión por enteramente improbable; y contra él y muchos más notamos que en la prodigiosa multitud de escritos que á Esdras se le manda redactar con ayuda de sus colaboradores, no alude esta profecía á la restauración de los Libros sagrados, sino á la inteligencia de algunas de sus partes, y especialmente á la restauración de la Ley Tradicional que formó los gobiernos verdaderamente cristianos, señaladamente en España.

La profecía atañe muy particularmente á nuestros tiempos, como veremos: luego de nuestros tiempos debe entenderse la restauración de la Ley, no precisamente de los antiguos. Toda la profecía tiende á este desenlace del capítulo XVI; luego la índole del desenlace ha de ser cual de la profecía se desprende. Por lo tanto, si en toda ella se habla del castigo que merecen nuestros pecados, de los males providenciales que padecemos, de la impiedad que nos cerca, de la degradación monárquica, de la revolución, de la restauración social por medio de un Esdras, etc., etc., el desenlace tiene que ser del mismo orden; y por lo tanto, lo que á Esdras se le encarga es redactar un código fundamental, al tenor de lo que dijimos exponiendo el capítulo XI; código de leyes tan sabias y fecundas, que bien pueden ser comparadas cada una á un libro y resultar por ende los doscientos y cuatro libros que dice el profeta haber escrito durante sus cuarenta días de retiro.

En la introducción y exposición del capítulo XI ya citado, creemos haber puesto también fuera de duda, que la historia literal de esta profecía se desarrolla en España y en el tiempo actual é inmediato, bien que tiene multitud de cosas aplicables á diferentes naciones y épocas, como todos los libros de los profetas bíblicos. Y asimismo aparece de nuestro dicho trabajo que, estando el sujeto de la profecía en

el mismo lugar donde ésta se desarrolla, que es España, y siendo dicho lugar su pueblo, su nación, su Patria, como de la profecía consta, síguese que el sujeto de la profecía es español y habitante en España.

Sin embargo, según hemos visto arriba, los españoles, en general, no reconocen al pronto su misión. «Me presenté á ellos y me reprobaron, dice Esdras, despreciando el mandato del Señor». (II, 33). No es extraño: el mismo Esdras no se reconoce al principio en la visión que tuvo del hombre salido del mar, esto es, del secreto, de la tribulación, de la persecución, del alborotado mundo, y rogó al Señor que se la explicase.

«Así como no puedes, díjole el Señor, escudriñar ó saber lo que hay en lo profundo del mar, así nadie en la tierra podrá descubrir á mi hijo ni á los que le acompañen, hasta que llegue el tiempo del día». (XIII, 52).

En la misma visión hallará las mil tribulaciones padecidas por el gran hombre el que sepa leer, pues dice así la profecía:

«Y he aquí que del mar salía un viento para conturbar todas sus olas; y ví, y he aquí que aquel hombre (esto es, el viento) *cobraba fuerza con millares del cielo*». (XIII, 2, 3).

Sigue el profeta viendo como los enemigos acometen al hombre salido del mar, sin que al pronto se defienda él más que con la palabra. Necesita este hombre que Dios le sostenga de múy especial modo, y en efecto, véase qué le dice:

«No temas los pensamientos que hay contra tí, ni te turben las incredulidades de los que te censuran; porque todo incrédulo morirá en su incredulidad. He aquí que yo envío al orbe de la tierra, dice el Señor, la espada, y el hambre, y la muerte y la destrucción». (XV, 3-5).

Más abajo nos extenderemos sobre todos estos puntos.

Ya lo ven nuestros lectores; la conformidad de las profecías acerca del Gran Monarca con la de Esdras, no puede ser más terminante y asombrosa. No

solamente lo es en cuanto á los padecimientos y obscuridad del gran hombre, sino en cuanto á los secretos que él guarda y en cuanto á su triunfo y pacificación universal.

«Escribe en un libro, le dice el ángel, todas estas cosas que viste, ponlas en un lugar escondido, y las enseñarás á los sabios de tu pueblo, cuyos corazones sepas que pueden apreciar y guardar tales secretos». (XII, 37, 38).

Y el Señor le añade en otro capítulo:

«Sella lo que te he revelado y conserva en tu corazón las visiones que viste y las interpretaciones que oiste; porque *al fin serás recibido por todos, y de resíduo serás elevado con mi consejo y con tus semejantes,* hasta que llegue el fin de los tiempos» (de la tercera generación) (XIV, 8, 9).

Es un mundo sin horizontes la profecía de Esdras; cuanto más la estudiamos, más descubrimos y más nos queda por estudiar y descubrir. Propio es esto de todos los libros que el Espíritu Santo inspira.

IX

Tiempos á que se refiere la profecía.

Tal vez el presente artículo y el que le sigue sean la mejor prueba del anterior; porque las señales del tiempo á que alude principalmente la profecía son tales, que reuniéndolas todas, á ninguna época del mundo parece convenir su conjunto sino á la nuestra. Bástanos traducir alguna.

—«He aquí, dice el ángel al profeta, que llegan los días en que los habitantes de la tierra serán abrumados con muchos censos; y se esconderá el camino de la verdad; y la región (regionalismo ó autonomía) será estéril en la fe; y la injusticia se multiplicará sobre la que ves ahora y la que oíste de otros tiempos. Sucederá que, impuesto el vestigio (1), verán

(1) Del regionalismo tradicional, propuesto hoy más que nunca y generalmente aceptado; pero no es el verdadero, es sólo un vestigio de aquél; y además, lejos de prevalecer, fomenta hoy el odio centralista contra las regiones, como indica el profeta enseguida.

(los que lo imponen) desierta la región (regionalismo) que ahora ves reinar... Y los amigos se impugnarán á sí mismos; y se esconderá el recto sentir; y el entendimiento será separado y cerrado en su depósito y muchos lo buscarán y no lo hallarán; y se multiplicarán sobre la tierra la injusticia y la incontinencia; y cada región preguntará á su vecina: ¿pasó acaso por tí la justicia que obra lo justo?, y la región vecina dirá que no; y en aquel tiempo los hombres esperarán y no alcanzarán, trabajarán y no serán dirigidos sus caminos. Estas son las señales que se me permite comunicarte». (V, 1-13).

—«¿Cuál será, pregunta Esdras en otro capítulo, la separación de los tiempos (el del castigo y el del premio), ó cuándo acabará el uno y empezará el otro?»

—«De Abraham á Isaac, cuando nacieron de él Jacob y Esaú, desde el principio la mano de Jacob asía el calcañar de Esaú. Esaú es el fin de este siglo y Jacob el principio del otro. No quieras investigar más, Esdras». (1) (VI, 7-10).

—«¡Oh, Señor! Estas gentes despreciables empezaron á dominarnos y devorarnos; nosotros, tu pueblo á quien llamaste primogénito, celador tuyo, hemos sido entregados en sus manos. Si por amor de nosotros criaste este siglo, ¿por qué no hemos de poseer la herencia con el siglo? ¿Hasta cuándo durará tal estado de cosas?» (VI, 57-59).

—«No hay juez sobre Dios ni quien entienda sobre el Altísimo. Perecen muchos de los presentes porque se abandona la Ley de Dios, establecida sobre todas las leyes». (VII, 19-20).

«Mide el tiempo en sí mismo, y cuando vieres, cuando pasare una parte de las señales predichas, entonces entenderás ser aquel el tiempo en que el Altísimo empezará á visitar el siglo que él hizo; y cuando se vea en el siglo conmoción de lugares y turbación de pueblos, entonces entenderás que de esto habló el Altísimo en los días que fueron antes de tí desde el principio. Porque así como tiene principio todo cuanto en el siglo hay, así tiene consumación, y la consumación es manifiesta. Así los tiempos del Altísimo tienen principios manifiestos por prodigios y virtudes, y consumaciones manifiestas por acto y señales». (IX, 1-6).

«He aquí que llegan los días en que el Altísimo empezará á librar á los que están sobre la tierra, y vendrá irritado sobre los que viven en la tierra. Entonces unos pensarán debelar á

(1) Esaú es el reprobado, Jacob el escogido; aquél tenía el derecho de primogenitura, y por un plato de lentejas vendió su herencia. Jacob fué el bendecido y el heredero. (Algo de esto es aplicable á los Borbones...) El siglo XIX fué Esaú; el XX será Jacob.

otros; la ciudad á la ciudad, el lugar al lugar, una gente á otrra gente, un reino á otro reino. Y cuando esto suceda y se verifiquen las señales que te dí, entonces será revelado mi hijo, el que viste como un hombre que ascendía del mar». (XIII, 29-32).

«Habrá entonces mucha inestabilidad en los hombres, y unos valiéndose de otros, no se cuidarán de su rey (parlamentarismo), y los príncipes pondrán en su poder la justicia de sus hechos». (XV, 16).

Tal es una parte de los síntomas morales, políticos, etc., de los tiempos á que alude la profecía: otros varios notamos ya comentándola. A nuestro entender, son más que síntomas, son verdaderas pruebas, siquiera no sean claras para todas las inteligencias. Quizá tampoco lo serán otras señales más precisas que las anteriores, como son las que indican fechas; mas no por esto dejan de tener un gran valor para determinar los tiempos. No á humo de pajas las marca el ángel al Profeta: ó la profecía es falsa, ó estos indicios de fechas son muy de tener en consideración. Hemos probado que la profecía no es falsa; luego las fechas insinuadas son muy importantes. Estudiemos algunas.

X

Fechas y épocas.

En el cap. XII, 37, se le manda escribir en un libro los secretos proféticos que se le han revelado, cuando hace ya treinta *días* que él empezó á tratar con Dios sobre los males y salud del pueblo. Pasan diez *días* más, y se le dice en el XIV, 17, que viene presto el cumplimiento de su visión. Estas fechas por sí solas, poco prueban; pero prueban mucho si se tiene presente que empiezan á contarse en el año treinta de la ruina de *la ciudad* y estando Esdras en *Babilonia*, como consta del capítulo III.

En el XIV, 11 y 12, dícele el Señor para que se

disponga ya á cumplir de lleno su misión: «Dividido está el siglo en doce partes, y pasaron ya la décima y la mitad de una décima», de donde se sigue que falta pasar menos de la mitad *(post dimidium)* de otra décima parte.

Aquí por siglo debe entenderse la Cristiandad, Catolicidad ó Iglesia militante, que en cuanto militante es temporal, y flaca en sus miembros, y con los siglos ha de fenecer, y del siglo padece persecuciones mil, y en el siglo triunfa y crece. En estos conceptos ú otros que á estos pueden reducirse toma Esdras varias veces la palabra *siglo*, como vimos exponiendo en el capítulo XI esta del Señor: *mi siglo*. ¿Cuáles son, pues, las doce partes en que este siglo se divide?

Varias divisiones de doce partes pueden hacerse en la historia de la Iglesia; la más adecuada, puesto que de siglo se trata, nos parece sería la que expresase los doce grandes acontecimientos con que la maldad de los que viven «*según el siglo de este mundo*» (Ephessios II, 2) trajo y traerá la desolación á la Iglesia, obligándola á transformarse en lo temporal y á luchar con el poder de las tinieblas. Son doce partes ó épocas de tribulación, de combate, de conmoción profunda, de lágrimas y de sangre; pero cada una comprende otra de triunfo, de consuelo, de regocijo, de verdad y justicia, de consolidación y prevalecimiento, como á la promesa de su divino Fundador corresponde.

Estas épocas, cada una de las cuales empieza, por lo general, antes de terminarse la anterior, que es preparación de ella (lo propio sucede con las siete edades de la Iglesia), están determinadas por estos doce grandes acontecimientos:

1, Guerra y dispersión de los judíos; 2, persecución romana; 3, arrianismo y sectas á que dió origen; 4, invasión de los bárbaros; 5, invasión de los árabes y moros; 6, cisma griego; 7, pérdida de la Tierra Santa, conquistada por los Cruzados; 8, conquista

del imperio de Oriente por los turcos; 9, cisma de Occidente; 10, protestantismo; 11, liberalismo religioso-político; 12, aparición del Anticristo.

Estamos, pues, en plena época undécima, más allá de la mitad *(post dimidium)*, y en ese período precisamente coloca Dios al Profeta y desde ese nos habla el Profeta, como si hoy viviese y escribiese:

«Transierunt ejus decima et dimidium decimae. Supersunt autem ejus post medium decimae partis. Nunc ergo, dispone domum tuam...» (XIV, 11-13).

Libre es de dar otra interpretación el que no halle la nuestra conforme; pero nos parece que el mismo Esdras nos da otro grave fundamento para interpretarle así, y es el final del cap. I, donde habla de la restauración que se obrará por el glorioso pueblo futuro. Dice el Profeta que Dios dará á este pueblo el *ducado* (1) de Abraham, de Isaac y de Jacob; ducado de los doce Profetas Menores, cuyos nombres cita por el mismo orden con que están puestos en la Biblia.

Ahora bien; tanto las doce profecías como las doce épocas sobredichas, se ordenan á Jesucristo y su Iglesia; pero en cada profecía hay algo de particular que conviene perfectamente á la época que por número de orden le corresponde; la primera profecía á la primera época, la segunda á la segunda, *et sic de caeteris:* de suerte que, con referirse todas principalmente á Cristo y su Iglesia, la primera empieza por la reprobación y ruína del pueblo deicida y la última acaba por los tiempos del Anticristo y venida de Jesucristo para juzgar á los hombres. El que desee convencerse plenamente, estudie los doce Profetas Menores y compárelos con las doce épocas señaladas.

A esta cuenta, corriendo ahora la segunda mitad

(1) Nótese bien; no dice *reino*, sino *ducado*, coincidiendo con esto lo que venimos diciendo ha tantos años sobre la índole del reinado del Gran Monarca.

de la época undécima, debe estarse cumpliendo la segunda mitad de la profecía undécima, que es la de Zacarías. Y así es en verdad, como lo verá el que debidamente compare y no olvide que el objeto principal alegórico es Cristo en sí mismo y el secundario es Cristo en su Vice-Cristo, como le llama el Padre Vieyra.

Antes de caer nosotros en esta cuenta, ya aplicamos la profecía de Zacarías á nuestos tiempos, según es de ver en los números 44 y 46 de *Luz Católica*, donde ya no en concepto alegórico, sino en el literal histórico, vimos que el sacerdote y príncipe anunciado por el Profeta no puede ser sino el hijo de Josedech en aquellos tiempos y el Gran Monarca en los nuestros.

Más diríamos, pero no debemos. Sólo indicaremos ya, en conclusión de este artículo, que el Gran Monarca será reconocido en cuanto tal cuando haya unido bajo la bandera de Dios y de la Patria á los desengañados y á los dispersos; los cuales no se unirán sino después de un graa desengaño y cansados de ruinosa lucha, como en su lugar dijimos ampliamente, comentando el capítulo XIII, que es donde todo esto se predice. Allí hablábamos también de otras fechas. Entretanto, conviene dar á conocer algunos de los episodios que refiere, explicando antes lo que se entiende por Sión.

XI

Sión.

Extendámonos un poco más sobre lo que ya hemos dicho de Sión en el art. VIII.

Sión es una colina donde los jebuseos tenían una ciudadela que dominaba á Jerusalén. Conquistóla David, edificó en ella lo que se llamó *Ciudad de Da-*

vid, y su hijo Salomón edificó allí mismo el famoso Templo.

De Sión, pues, salía la ley; en Sión residía el Gobierno judaico; en Sión la Autoridad Sacerdotal; Sión era el centro de la religión mosaica; Sión el compendio de toda la historia de los judíos; Sión el fundamento, el alma, el corazón, la esperanza y el consuelo del pueblo de Dios.

Los profetas suelen dar todas estas y otras muchas acepciones á la palabra Sión. Á veces Sión es Jerusalén, otras es toda la nación, otras el pueblo de Judá, otras el conjunto de judíos observantes de la Ley, otras la Ley misma, la Historia, el Gobierno, etc.

El pueblo sucesor del judaico, que el Mtro. Salazar y el P. Murillo nos han probado en *Luz Católica* ser España, así como es en el nuevo Israel ó Cristiandad lo que en el antiguo pueblo de Israel fué la Judea; así como, según el mismo Esdras, ha de recibir el ducado de Abraham, de Isaac y de Jacob que en primera herencia tuvieron los judíos; así como, según el profeta Abdías (1), *Sepharad* ó España poseerá la herencia de los judíos y desde Sión juzgará al monte de Esaú; así debe tener su Sión en el mismo orden de ideas en que es sucesora del pueblo de Judá. La Sión española es la Tradición religioso-política de las Españas, es su Catolicismo político, origen de nuestras grandezas pasadas y futuras: compárese con lo que hemos dicho de la Sión judaica.

Por los pecados de Sión, esto es, del pueblo formado por la *ley salida de Sión* (Mich. IV, 2), llora Esdras y pide á Dios misericordia, reconociendo que Sión ha sido desolada en castigo de tantos pecados.

«Delinquieron los que habitaban la ciudad, dice, obrando en todo como Adán y sus generaciones, pues también ellos usaban de un corazón maligno; y entregaste la ciudad en

(1) Véase este punto dilucidado en el tomo 1.º, cap. IX, art. I, y en *La Señal de la Victoria*, núms. 8, 9 y 10.

manos de sus enemigos». (III, 25-27). «Mejor nos fuera haber muerto que vivir aún entregados á la impiedad y padeciendo sin entender por qué». (IV, 12). «¡Oh Señor Dominador! ¡también nosotros estamos todos llenos de impiedad!» (IV, 38)». ¿Por qué nací, ó por qué no fué mi sepultura el seno mismo de mi madre, para que así no viese ahora la tribulación de Jacob y el cansancio del género de Israel?» (V, 35).

«Abraham oró el primero por los sodomitas, y Moisés por los padres que pecaron en el desierto, y los que vivieron después de él por Israel en los días de Acaz y de Samuel. David por la confracción, y Salomón por los que vinieron á la santificación, y Elías por los que recibieron la lluvia, y Ecequías por el pueblo en los días de Senaquerib, y muchos por muchos otros. Pues si entonces, cuando tomó incremento la corrupción y se multiplicó la injusticia, oraron los justos por los impíos, ¿por qué no ha de ser ahora lo mismo?» (VII, 36-41).

«Oye, Señor, la oración de tu siervo y presta oídos á la plegaria de tu criatura, pues mientras viva hablaré y mientras comprenda te importunaré. No mires los delitos de tu pueblo; mira los que te sirven en verdad. No atiendas á los impíos designios de las gentes; sino á los que padeciendo guardan tu testimonio. No repares en los que proceden con falsedad en tu presencia; sino acuérdate de los que obran con temor según tu voluntad. No quieras perder á los que tienen costumbres de irracionales, sino repara en los que enseñaron espléndidamente tu Ley. No te indignes con los que han sido juzgados peores que bestias, sino ama á los que siempre confiaron en tu justicia y en tu gloria. Porque de esas enfermedades adolecemos nosotros y nuestros padres; mas tú por nosotros pecadores serás llamado misericordioso». (VIII, 24, 31). «No te encolerices con nosotros, Señor, perdona á tu pueblo y ten misericordia de tu heredad. Tú te compadecerás de tu criatura». (VIII, 45).

Cuando de esta suerte ha derramado Esdras su corazón ante el Señor en varios capítulos, se le representa una visión que describe largamente, empezando así:

«Cuando estas cosas decía en mi corazón, fijé la mirada y ví á la diestra una mujer que lloraba á grandes voces y con gran dolor de ánimo, rasgadas sus vestiduras y cubierta de ceniza la cabeza. Y dejando yo los pensamientos en que me ocupaba, me convertí á ella y le pregunté: ¿Por qué lloras y

por qué haces tan gran dolor? Y me respondió: Déjame, señor mío, que llore mi desgracia y aumente mi dolor, porque tengo el corazón muy amargado y estoy muy humillada». (IX, 38, 41).

Cuéntale la mujer el motivo de sus amarguras: *fué estéril durante treinta años (nota bene)*, y por último, oyendo el Señor su oración, dióle *un hijo á quien mantuvo con mucho trabajo y en quien fundaba grandes esperanzas; y cuando este hijo, ya hombre, contrayendo matrimonio y preparada por ella la boda, se aproximó á su tálamo, cayó muerto. Entonces la madre, abandonados todos los que intentaban consolarla, huyó de noche y se fué al campo de Ardath, donde Esdras la halló, y prometió á éste no volver á la ciudad, sino permanecer allí sin comer ni beber, y ayunando y llorando hasta la muerte.* Esdras se indigna al oir este relato, y exclama:

«¡Oh imbécil sobre todas las mujeres! ¿no ves nuestro llanto y las cosas que nos suceden? Sión nuestra madre hállase profundamente afligida y humillada con gran humillación, y llora con gran llanto. Y ahora que todos lloramos y nos entristecemos, ¿ahora te entristeces tú por un hijo?» (X, 5-7).

Sigue Esdras reprendiéndola y exhortándola á que se vuelva á Jerusalén, mas ella se niega á dejar el campo de Ardath. Esdras le añade una larga relación de los males que Sión está padeciendo, para que vaya á consolar á sus conciudadanos, mas ni por esas la mujer se mueve. De repente esta mujer se transforma, brilla su rostro, hermoséase toda, da un grito terrible que conmueve la tierra, desaparece súbito, y surge en su lugar una ciudad *edificándose sobre grandes fundamentos*. Esdras teme; pero á su invocación acude el ángel Uriel y le dice:

«Vió el Señor recto tu camino, porque sin intermisión te entristecías por tu pueblo y llorabas mucho por Sión... ESA MUJER QUE VISTE ES SIÓN... Por eso te dije que permanecieras en el campo (de Ardath) donde *no hay casa edificada*, pues sabía yo que el Altísimo empezaba á mostrarte estas cosas... No temas, pues, no se turbe tu corazón, antes bien entra y examina el esplendor y la grandeza del edificio, cuanto tus

ojos sean capaces de ver, y luego oirás cuanto tus oídos son capaces de oir». (X, 39-56).

Suponemos que, leído esto, nuestros lectores habrán hallado justificadas las insinuaciones del artículo VIII, al hablar del *cuarto período*. Fáltanos añadir el complemento de todas estas visiones.

XII

Prevalece el hombre del mar. Desengaño de sus enemigos.

A la visión de la mujer y la ciudad sigue la visión del águila monárquica española, que ya conocen nuestros lectores, y á esta la visión del hombre salido del mar en figura de viento, hombre valeroso y combatido, que debe dar el triunfo á Sión reformando el águila. He aquí algunas particularidades de este hombre:

«Y ví, y he aquí que se esculpió *para sí mismo* un monte grande, y voló á la cumbre. Yo traté de ver la región ó el lugar donde estaba esculpido el monte, y *no pude*. Y después ví, y he aquí que todos los que se congregaron para combatirle, *temían mucho, y sin embargo osaban pugnar*.

»Y cuando él vió el ímpetu de aquella multitud que venía, no levantó su mano ni empuñó la espada ni otra arma belicosa, sino que hizo sólo lo que ví, esto es, despedir de su boca como un soplo de fuego, y de sus labios espíritu de llama, y de su lengua arrojaba centellas y tempestades; y reuniéndose *en un todo* este soplo de fuego y espíritu de llama y poder de la tempestad, cayó impetuosamente sobre la multitud preparada á la lucha y los abrasó á todos, de suerte que al punto ya no se veía nada de aquella muchedumbre, á no ser polvo y olor de humo; yo lo ví, y temí.

»Y después de esto vi al mismo hombre bajando del monte y llamando á sí otra multitud pacífica; y acercábanse á él muchos hombres, unos con el rostro alegre y otros entristecido; unos á la fuerza y otros conduciendo algunos de los que se ofrecían. Yo me puse enfermo de pavor». (XIII, 6-13),

No comentaremos; quédese esto para su debido lugar; pero tendremos que poner algunas notas á la

explicación que de estas visiones da el ángel al Profeta, después de indicarle lo que está pasando en estos tiempos, según vimos en el art. X.

«Entonces, le dice, será reconocido mi hijo, á quien viste como un varón subiendo del mar. Y cuando todos sigan su voz, dejará cada uno la guerra que hace contra otro en su región y se formará una multitud innumerable, como queriendo venir á combatirle; pero él permanecerá firme en la cumbre del monte Sión.

»Sión vendrá y se mostrará á todos presta y edificada, así como viste esculpirse sin manos un monte. Mi mismo hijo argüirá lo que han excogitado las gentes, esas sus impiedades que se acercaron á la tempestad por los malos pensamientos de ellos y los tormentos con que empezarán é ser atormentados, que son semejantes á la llama, y los perderá sin trabajo *por la ley* que es semejante al fuego.

»Y en cuanto á que le viste recogiendo hacia sí otra multitud pacífica, son las diez tribus (1) que fueron llevadas cautivas de su tierra en los días del rey Oseas (2), á quien se llevó cautivo Salmanasar (3) rey de los asirios (4), y los trasladó detrás del río (Eufrates) á otra tierra; mas ellos diéronse el consejo de dejar la muchedumbre de los gentiles y pasar á una región ulterior, donde nunca habitó el género

---

(1) Desde aquí debe entenderse en sentido tropológico alusivo toda esta narración: á los israelitas no puede aplicarse en ningún concepto el conjunto. Alude al presente estado de la Iglesia, y en particular á la de España.

(2) Oseas quiere decir *salvador* ó *salud;* pero Oseas fué mal rey, y Dios le castigó entregándole con su pueblo á Salmanasar. En cuanto rey, tenía obligación de ser lo que indicaba su nombre: el *salvador* ó la *salud* del pueblo, y fué todo lo contrario. No se olvide esta particularidad.

(3) Salmanasar significa *paz quitada*, *paz encadenada*, etc.

(4) La palabra *asirios* viene de Asur, hijo de Sem, de quien descendían, y significa *dichosos*, *felices*, *bienhadados*, etc., ora sea propiamente, ora por perífrasis ó catacresis. Uniendo los significados de los nombres Oseas, Salmanasar y asirios, es como si el texto dijera: «En los días del rey que se esperaba fuese el salvador del pueblo, á quien Salmanasar cautivó dando á Israel la paz de los cautivos, paz entre cadenas, en el reino de los que prometían felicidad, ventura, dulce libertad á los pueblos». Conviene esto á la raza latina, cuyos reyes Borbones fueron destronados por los Salmanares de los asirios liberales; y particularmente conviene á España.

humano (1), para observar allí la legitimidad de su programa (2), que en su región no habían observado (3).

»Mas entraron por las angostas entradas del río Eufrates (4), pues entonces el Señor les hizo prodigios (5) y detuvo las venas del río hasta que pasaron (6); porque aquella región era de muy largo camino, un camino de año y medio (7), pues

---

(1) «Esta empresa no es continuación de otra, es nueva», escribió de la suya D. Carlos VII en su *Diario.*

(2) *Legitima sua.* La palabra *Legitima* en el Sagrado Código se toma por leyes ú ordenanzas legítimas, derecho, etc.

(3) Como consta de la nota penúltima, pues D. Carlos dijo que era *nueva.* Su abuelo dejó bastante que desear, su tío también, y su padre mucho más, por lo cual en la España tradicionalista andaba harto decaido el verdadero programa tradicional.

(4) En hebreo se llama *Pherat*, que quiere decir *el que fructifica ó crece.* Es decir, que para la *empresa nueva* ó para entrar en la región donde pudieran observar el buen programa, era menester pasar por las estrecheces que lleva consigo toda fructificación ó crecimiento de aquella índole; y en efecto, pasaron el caudaloso río de sacrificios que les impuso la empresa carlista.

(5) Muchos fueron menester para que el carlismo cumpliese con su misión, que si no era de triunfo, era *contener* á los poderes liberales.

(6) Mantuvo en los buenos carlistas el espíritu de sacrificio hasta hoy, merced á lo cual sigue fructificando y creciendo entre los auténticos el amor á la *legitima sua.*

(7) Suelen las Sagradas Letras llamar mes á un solo día de él, como es de ver en Amós, VIII, 5; Isaías, LXVI, 23; I Machab., I, 61, etc.; y *mensis dierum*, mes de días, al mes entero, como en Numer. XI, 20 y en otras partes. Podemos, pues, tomar aquí meses en vez de días para interpretar el texto; y siendo lunares los meses de los hebreos, ó sea de 29 y 30 días alternativamente, que hacen un año de 354 días, el año y medio de Esdras nos da justos 531 días, ó sea 531 meses. Estos dan 44 años y tres meses lunares. Reduciendo esta cuenta según los días naturales que tienen de más nuestros meses, tendremos un resultado de *cuarenta y dos años, siete meses y nueve días.* Ahora bien; el camino recorrido en la región de la *empresa nueva* comienza en 1861, cuando las declaraciones librecultistas de D. Juan de Borbón hicieron volver los ojos de la España tradicionalista á su hijo D. Carlos, en quien luégo aquél abdicó; y desde entonces, el camino de año y medio de meses en vez de días naturales, nos lleva cerca de 1904, que es cuando se acaba el andar caminando por aquella región y se vuelve á pasar el río. Empezando á contar por el primer levantamiento carlista en 1833, la cuenta nos lleva al desastre de la última guerra civil, desde el cual andan los carlistas por la región de la *empresa nueva*, esperando llegar á un cabo á que no llegarán por ese camino. La nota siguiente dará más luz.

la región se llama *Arsareth* (1). Entonces habitaron allí hasta el tiempo novísimo; y ahora, cuando otra vez empiecen á venir, otra vez al Altísimo detendrá las venas del río para que puedan pasar (2). He ahí por qué viste venir una multitud pacífica; pero *los que quedaron de tu pueblo, son los que se hallan dentro de mi término».* (XIII, 32-48).

XIII

Desde el triunfo à la cuarta generación.

A lo referido en el artículo precedente sigue la regeneración del pueblo por medio de los libros ó leyes que da Esdras ó el Gran Monarca, para lo cual le llama expresamente la voz de Dios del modo que expresa el cap. XIV. A esta regeneración alude varias veces el

---

(1) Hubo en la desembocadura del Araxe, en el mar Caspio, la ciudad de *Arzarat;* en la Armenia menor *Arzeria* y *Arzice,* y en la Mesopotamia *Arzanene;* pero no son éstas el *Arsareth* de Esdras, como el mismo Dom Calmet reconoce, confesando, empero, que no sabe cuál es. ¿Qué lugar ha de ser, si evidentemente es metafórico? Tómese el significado del sustantivo *arx* (fortaleza), ó *ars* (arte, regla, facultad), ó bien sólo de *Ar* (capital de Moab, y quiere decir, ya levantamiento ó solución, ya ruína ó desnudez); únanse todos estos significados con el etimológico de ar-eth (de *ar* queda dicho; *eth* quiere decir *mi señal ó divisa)* y con el histórico de *Areth,* y el lector se explicará el sentido de la palabra *Arsareth* sin que nosotros nos esforcemos. Pero es muy de notar el episodio de *Areth,* según consta del I de los Reyes XXII, 5. Areth es la montaña ó bosque á donde se fué David con sus hombres, volviendo del extranjero á la Patria para defender contra el ilegítimo Saúl sus legítimos derechos al trono. El nombre *Arsareth,* por consiguiente, es la descripción de los hechos carlistas hasta hoy con solo una palabra. A esa región de Arsareth fuéronse para observar *legitima sua,* y en ella siguen hasta que llegue la hora de repasar el río.

(2) Lo cual supone evidentemente un desengaño tan grande, que les hace abandonar la región de Arsaret y volver á su tierra, á la Tradición legítima, á la definitiva conquista de la Patria, unos dispuestos á todo sacrificio y otros forzados y tristes, como el ángel nos ha dicho en el texto, pero acudiendo pacíficos al hombre á quien antes combatían.

ángel, diciendo á Esdras como en el cap. VI en nombre del Señor:

«Todos los que se libraren de las plagas que te he predicho, serán salvos y verán mi salud y el fin de vuestro siglo... Y se mudará el corazón de los vivientes y se convertirá á otro sentir, pues el mal será borrado y extinguido el dolo, y la fe florecerá, y será vencida la corruptela, y aparecerá la verdad que tanto tiempo permaneció sin fruto.» (VI, 25-28).

Varios profetas señalan la duración de esta época de ventura, haciéndola más ó menos larga según el acontecimiento de que parten, y ponen el fin de ella con la muerte del Gran Monarca en Jerusalén, hecha entrega de su imperio á Jesús Rey de reyes. Conviene con esto la profecía de Esdras, señalando una época de cuarenta años que termina con la muerte del Gran Monarca, tiempo del Anticristo y fin del siglo para entrar en la cuarta generación.

«Será revelado mi hijo Jesús (1), le dice el Señor, y los que quedaren se regocijarán durante cuarenta años. Y después de estos años morirá el Cristo mi hijo». (VII, 27, 28).

Sigue la subversión general del mundo después del Anticristo, y añade el Señor:

«Y se revelará el Altísimo sobre el trono de su juicio, y pasarán las miserias y se congregará la longanimidad. Sólo el juicio permanecerá, y la verdad será estable y triunfará la fe, y á ésta acompañarán las obras y se manifestará el premio, y las justicias vigilarán y las injusticias no dominarán ya». (VII, 33-35).

Con esto hemos entrado en la cuarta generación, en el reinado personal y temporal de Jesucristo; reinado del que Esdras, con palabras que el Apocalipsis

---

(1) En lenguaje sagrado se llaman hijos de Dios todos los que le sirven; Cristos todos aquellos á quienes el Señor escoge para el ejercicio de algún ministerio; y en cuanto al nombre Jesús, conviene al Gran Monarca, no como á Jesucristo, pero sí como al Sacerdote y Príncipe Jesús, hijo de Josedech, cuya coronación y mando fueron una acabada figura de los del Gran Monarca, según hemos visto.

toma y la Iglesia repite, nos ofrece este sublime cuadro (1).

«Yo, Esdras, recibí del Señor en el monte Oreb la orden de ir á hablar á los hijos de Israel; y como me presenté á ellos, me reprobaron, y despreciaron el mandato del Señor. Por lo tanto, á vosotros, gentes que escucháis y entendéis, os digo:

»Esperad á vuestro Pastor; él os dará el descanso de la eternidad, porque muy cerca está ya aquel que debe venir al fin del siglo. Preparaos para recibir los premios de su reino; porque brillará para vosotros una luz perpetua, durante la eternidad del tiempo. Huíd de la sombra de este siglo: recibid la alegría de vuestra gloria.

»Yo doy público testimonio de mi Salvador. Recibid el don que se os ha confiado y regocijaos, dando gracias á Aquel que os llamó á los reinos celestiales. Levantaos, permaneced firmes y considerad el número de los señalados para el convite del Señor.

»Los que se apartaron de la sombra del siglo recibieron del Señor túnicas esplendentes. He aquí, Sión, tu número completo; cierra ya el número de los hijos que deseabas: ruega al imperio del Señor que se santifique el pueblo que fué llamado desde el principio.

»Yo Esdras ví en el monte Sión una gran muchedumbre que no pude contar, y todos alababan con cánticos al Señor. Y en medio de ellos había un joven excelso de estatura, más eminente que todos ellos, imponiendo en la cabeza de cada uno de ellos sendas coronas, con lo cual era aquél más exaltado.

»Estaba yo asombrado viendo este milagro. Entonces pregunté al Angel y le dije: ¿Quiénes son estos, Señor? El cual me respondió: Estos son los que depusieron ya su túnica mortal y tomaron la inmortal y confesaron el nombre de Dios; ahora son coronados y reciben la palma del triunfo.

»Y dije al Angel: ¿Quién es aquel joven que les impone las coronas y les reparte las palmas? Y me respondió: *es el Hijo de Dios á quien confesaron en el siglo.*

»Yo empecé á magnificar á los que tan fuertes se mantuvieron por el nombre del Señor, y entonces me dijo el Angel:

«VÉ Y ANUNCIA Á MI PUEBLO CUÁNTAS Y CUÁLES MARAVILLAS DEL SEÑOR DIOS HAS VISTO». (II, 33, 48).

(1) La primera parte es muy aplicable al reinado del Gran Monarca.

Apéndice al Capítulo XII

Habemus ad Dominum.

Sortes mittuntur in sinum, sed a Domino temperantur, dice el Eclesiástico; ó por decirlo á la castellana, el hombre propone y Dios dispone.

La campaña de difamación contra *Luz Católica* y su pobre Director sigue con encarnizamiento creciente; llega ya á los límites de lo inverosímil; para inutilizar al que llaman loco, millares de hombres se vuelven locos y hacen y dicen y creen locuras inauditas. Y hay, por añadidura, una persecución que no es de difamación, y tal vez es la más funesta. En esa presta gran ayuda á los perseguidores el inspirador malo que, según ellos, antes inspiraba á Corbató y ahora le habla de viva voz. En esta naciente empresa del españolismo de la Tradición y ejército de Cruzados de la Tradición, suceden cosas que racionalmente no se explican sino suponiendo la rabia infernal con que la mira Lucifer: no, los hombres no son tan malos que para servir á Dios nos persigan de esa manera; en todo caso no se acordarían de Dios, á no ser que se acordasen con intento explícito de ofenderle.

Además, se enredan y agravan á veces las dificultades de tal manera, que en algunas apenas se descubre malicia humana y hay que atribuirlo casi todo á la saña del infernal enemigo. Entonces, cuando nos vemos abrumados y sentimos nuestra miseria y nuestra impotencia, es cuando nos hallamos más fuertes como el Apóstol: *cum infirmor, tum potens sum;* porque vemos que todo ha de ser de Dios, y lo que es de Dios no lo deshace el demonio.

Pues sí; el hombre propone y Dios dispone. Pro-

pusimos, con aconsejo y aprobación, borrar ya de *Luz Católica* nuestro combatido nombre, aunque no cejar en nuestro trabajo; darle otra dirección y dejar en absoluto ciertas cuestiones tan odiosas como hasta hoy necesarias; pero el Señor ha dispuesto las cosas contra nuestros deseos y proyectos, y continuamos firmes en la brecha hasta que á Dios plazca relevarnos ó disponer de nuestra vida. Al cabo, algunos meses no son mucho tiempo; quizá no pasen muchos sin que los ciegos empiecen á ver.

Adelante, adelante, *¡sursum corda!* nos dicen los que ven claro; y respondemos con una tranquilidad de espíritu que no se altera por el fragor de estas luchas: *habemus ad Dominum.*

Mas ¡oh amigos! los odios toman tales proporciones, la confusión se va haciendo tan aterradora y el día del gran peligro se vislumbra tan amenazador, que no bastan la tranquilidad de unos, ni los alientos de otros, ni los trabajos de muchos, para conseguir el fruto que nos proponemos. ¿Qué hacer? Es muy sencillo.

¿Se acuerdan nuestros amigos del artículo *Pruebas y milagros*, publicado en nuestro número 26? Repetimos todo lo dicho entonces; repetimos la oración á María Inmaculada, de nuestros núms. 12 y 63, y añadimos algo más, quizá para muchos más decisivo.

Tenemos fe ciega en lo que enseñamos; sabemos cierto cuál será la solución de este ruidoso asunto; tenemos seguridad absoluta de que seguimos un camino recto; nos consta que hacemos bien á la Religión y á la Patria, y cumplimos con la voluntad de Dios; en fin, sabemos todo cuanto es menester para que no sea temeraria nuestra campaña, sino prudentemente valerosa.

Pero todo eso, mil veces más que eso sabía acerca de su empresa el gran Moisés, y sin embargo dudó un momento, y fué castigado. Un Angel habló á Gedeón, y Gedeón dudó también; otro Angel habló al padre de San Juan Bautista, y Zacarías dudó igualmente; Je-

sucristo en persona dijo á Pedro que anduviese sobre las aguas, y con estar andando, Pedro dudó; y todos los Apóstoles oyeron durante tres años al Verbo humanado y le confesaron Hijo de Dios, y al fin dudaron y le dejaron solo en poder de los verdugos, y aun después de afirmar los otros que lo habían visto resucitado, Tomás no quiso creer. Estos ejemplos suelen hallarse en los Santos, lo cual permite el Señor para que más desonfíen de sí propios y sólo en su divino auxilio confíen.

Pues ¿qué no acontecerá en nosotros, tan llenos de miserias y pecados? No obstante la seguridad arriba dicha, momentos hay en que la persecución nos conturba de tal modo, que llegamos á vacilar y preguntarnos: ¿Es posible que tantos hombres se engañen, afirmando que vais por mal camino? Cierto que otros muchos afirman lo contrario, y en general son éstos más espirituales que aquéllos; pero ¿es seguro que éstos juzgan bien en tan delicado asunto y aquéllos no? ¿Quién lo asegura?

Estos últimos días, particularmente, nos han asaltado de tal suerte las dudas, merced al encarnizamiento de la persecución y á los tremendos obstáculos surgidos en el camino de nuestros propósitos, que la tribulación ha sido muy penosa. Ocasión hubo en que, si un Angel del cielo hubiera venido á comunicar con nosotros, quizá de él hubiéramos dudado. Resolvimos, pues, acudir á un recurso extremo y es el siguiente:

Tenemos fe, repetimos; tenemos seguridad; pero ahora queremos seguir dudando y suponer que podemos ser víctimas de una ilusión fatal. Pues bien; si es así, hacemos gran daño á la Religión y á la Patria y seducimos á muchos corazones rectos, y nosotros no queremos que así sea, no, jamás, antes morir mil veces. Por lo tanto, siendo uno de los casos en que se puede pedir santamente á Dios un milagro, más se puede lo que no es milagro.

Yo, pues (permítase que hable ya en singular), por las entrañas de la divina misericordia suplico de rodillas á todos mis lectores, que por intercesión de nuestra Madre celestial y de los Santos á quienes tengan devoción, pidan á Dios el esclarecimiento público y pronto de este asunto, esto es, que si voy mal, si mis trabajos parjudican á la Religión ó á la Patria, me niegue el Señor todo apoyo y todo recurso para que muera cuanto antes *Luz Católica* y pueda yo retirarme á llorar mis ignorancias y mis pecados, lejos de los hombres á quienes con tan buena voluntad perjudiqué. Pero si voy bien, pídanle todos que brille pronto la verdad, que convierta ó inutilice á los culpables, para que sepan los demás el camino que deben seguir.

Es infalible que la oración de muchos penetra los cielos. ¿Qué no podrá la oración de tantos millares de lectores de *Luz Católica?* Es más; yo les suplico que hagan interesar en el asunto cada uno á sus amigos, y oremos todos juntos para que el Señor nos muestre la verdad, aunque yo haya de cubrirme el rostro y desaparecer para siempre. No me busco á mí, á Dios busco, y quiero que la causa de Dios triunfe aunque para ello me toque ser anatema.

¿Quién no podrá rezar una parte de Rosario, ofrecer una Misa, una Comunión, una penitencia, una limosna? Ayudadme, lectores amadísimos, ayudadme por caridad; y á fin de que todos se animen y á tan poca costa trabajen por el triunfo de la verdad que nos ha de salvar, nadie tenga escrúpulo en comunicarme lo que para este fin haga ó rece, aunque sólo sea una *Ave María.* Se publicará en esta revista con las iniciales del interesado, sin ellas, con todo su nombre ó como guste; y siendo infalible que tantas oraciones han de ser escuchadas, no pasará mucho tiempo sin que se sepa quién es el que va mal.

Anímense mis lectores, otra vez se lo suplico por

caridad, anímense; yo, entre tanto, espero tranquilamente que el Señor resuelva según su divino beneplácito. ¡*Habemus ad Dominum!*

(*Luz Católica,* núm. 65=2 Enero 1902).

CAPÍTULO XIII

EL ORIGEN DEL GRAN MONARCA

CAPÍTULO XIII

EL ORIGEN DEL GRAN MONARCA

I

De sangre real y humilde cuna.

Admirable es el acuerdo de todas las profecías en dos cosas, acerca del origen genealógico del Gran Monarca: 1.ª, que será descendiente de muchas generaciones de reyes; 2.ª, que su genealogía no será conocida al pronto.

En cuanto á lo primero, San Francisco de Paula lo hace descender de Santa Elena, la Santa de la Cruz, y de su hijo Constantino, el emperador de la Cruz, los cuales con la Cruz vencieron al mundo, como él lo ha de vencer con su Cruz y sus Crucíferos. Descenderá de Constantino, según el Santo, por Pepino y Simón de la Limena, que era español.

Los demás profetas descubren un origen más inmediato del gran hombre, haciéndolo descendiente de las Casas de Borbón y Austria, algunos con palabras muy categóricas y terminantes; pero ninguno le hace venir de Luís XIV ó sus sucesores, sino de más arriba, dato importantísimo que rogamos tenga en cuenta el lector. Por eso, tratando de su genealogía, todos los profetas hablan de «la vieja sangre de los siglos, la

antigua rama primogénita, etc., etc.», sin que se halle una sola frase relativa á sangre nueva ó á rama segundogénita, como es la de España.

Con todo esto, el Descendiente de tantos reyes y emperadores, nacerá en humilde cuna; se le tendrá por hijo de una familia de la plebe; será pobre como su familia y su casa, que habrán padecido grandes reveses; será, en fin, tan perseguido y menospreciado como declaran las profecías reproducidas en esta obra y otras que no hemos tenido lugar de poner. No le valdrá su ingenio, ni su intrepidez, ni su saber, ni el conocimiento de sus destinos, hasta que suene la hora de Dios y se levante repentinamente de su abatimiento por obra de Dios, para regenerar el mundo. Antes que se levante, se habrá convertido á Dios de todo corazón, porque escrito está que, de joven, será muy pecador.

¿Cómo se concilia esta obscuridad, este abatimiento, con el altísimo origen de Gran Monarca? Del mismo modo que la humilde condición de San José con la sangre real de David que corría por sus venas. Hoy nada cierto se sabe; pero puede rastrearse algo, y al efecto vamos á copiar unos párrafos rarísimos de una carta escrita por un sacerdote desde París á un religioso español.

(*Luz Católica*, núm. 18=31 Enero 1901).

II

L'Homme au Masque de Fer.

(El hombre del antifaz de hierro).

«El hombre (Gran Monarca) será desconocido, ignorado, inesperado, humilde de nacimiento, pobre, perseguido, desterrado, en todo lo cual y más conviene su principal profeta San Francisco de Paula, que le hace descendiente de Cons-

tantino por Simón de la Limena. El hombre ha de ser español; esto es, constante y cierto, pese al esceptismo de usted.

»En la historia hay tantos misterios, que no pocas veces corre sangre de reyes por las venas del último plebeyo. ¿Ha oido usted hablar del hombre misterioso que aquí llamaron *Masque de Fer*? Vivió á fines del siglo XVII y principios del XVIII, si puede decirse que vivió quien estuvo toda su vida secuestrado en presidio y cubierto con antifaz de hierro, de donde le vino el nombre.

»Algunos han dicho que es un personaje de novela; otros que fué un italiano notable, un noble francés, un patriarca, etcétera, etc., y otros, creo que los más acertados, que fué un hermano de Luis XIV, á quien éste condenó desde jovencito al suplicio indicado, así que descubrió que era su hermano primogénito. Lo indudable es que existió, y con su máscara de hierro para que de nadie fuese conocido; y para mí lo es también que fué hermano primogénito de Luis XIV.

»Su madre, Ana de Austria, hija de nuestro Felipe III, no gozaba de buena reputación: Luis XIII, su marido, la tenía por adúltera de costumbre, y por cierto que merecía mejor concepto. Tuvo dos ó tres abortos, quién sabe si provocados á ciencia y paciencia, ó quizá por arte de su marido. Uno de dichos «abortos» no fué tal á mi parecer, sino que fué el nacimiento de un Delfin; es decir, pudo ser aborto, pero la criatura nació llena de vida, y entonces la escondieron, diciendo luégo á la madre que había salido lo que suele salir de un aborto, y no se habló más.

»El mismo Delfin, de quien el otro que vino después, esto es, Luis XIV, era un retrato acabadísimo, descubrió hacia sus veinte años cuál era su verdadero origen; lo supo Luis XIV, que acababa de subir al trono, le encerró y tomó las medidas más inauditamente rigurosas para que nadie penetrase en el misterio, y ahí tiene usted á *L'Homme au Masque de Fer*.

»Más aún: no sería extraño que Ana de Austria no hubiese padecido ningun verdadero aborto, sino que hubiese dado á luz hijos tan sanos como Luis XIV, el cual fué engendrado cuando Luis XIII no parecía creer ya en los supuestos adulterios de su mujer, y *por eso no fue aborto*. Además, Luis XIII era supersticioso, y se sabe que no poco caso había hecho de ciertos agoreros y profetastros que le predijeron no sé cuántos desastres acerca de los hijos que hizo desaparecer por eso ó lo consintió.

»Estas interpretaciones son las más raras de todas las que se dan; pero no creo haya otras que se acerquen tanto á la verdad, si no son la verdad misma.

»Ahora bien; dan por cierto algunos que á *Masque de Fer*

se le concedió casarse con una mujer que debía correr la misma suerte de él, y aseguran que ella le dió hijos. Es probable que ya los había tenido de otra, siquiera uno, antes de caer bajo la garra feroz de su hermano. ¿Qué se han hecho sus hijos?

»Se cuentan sobre esto mil historias. Una de ellas dice que el gobernador ó alcaide del castillo (de la isla de Santa Margarita, situada al pie de los Alpes Maritimos, en donde *Masque de Fer* estuvo preso muchos años, antes de ser trasladado á la Bastilla), asi que *Masque de Fer* fué padre, envió el niño á una familia honesta de Córcega (no está lejos de esta isla la de Santa Margarita), con fondos é instrucciones, haciéndoles saber que el niño venía de buena parte, *buona parte* en italiano, y este origen se le dió por apellido; el biznieto de aquel niño fué Napoleón Bonaparte.

»Lo que se desprende de todas estas historias es que *Masque de Fer* tuvo descendencia, y que ésta no es conocida. Si el hombre de San Francisco de Paula y de tantos profetas fuera uno de esa descendencia (esta es nuestra opinión), todo lo que de él dicen quedaría muy claro: sería Borbón y Austria, como hijo que era *Masque de Fer* de una y otra casa, y sería «de la antigua rama primogénita (no de la nueva, no de la de Aujou, que no es la antigua ni la primogénita), *ya reputada por todos extinguida*», como una profecía dice: y en efecto, no se sabe que de aquella rama quede un solo miembro.

»Estas ideas y otras muchas y serias y graves que no tengo lugar de exponer, me inclinaron á creer en la verdad de la descendencia de *Masque de Fer* ó de algún otro hermano suyo ignorado, al mismo tiempo que me burlaba yo de una pitonisa que tenemos en París, y hasta me burlé en mis correspondencías públicas. Después vi realizadas de tal modo algunas predicciones de la pitonisa, y sobre todo, vi tan de cerca la conformidad de algunas de dichas predicciones con profecías muy autenticas y venerables, que me fui convenciendo de la inspiración de la joven; inspiración que, por otro lado, carece de todo indicio de venir de Dios,ó por lo menos es del género sibilítico.

»Pues bien; estudiando las predicciones de esta nueva sibila, muchacha ignorante, hallé ésta que compendia maravillosamente todo cuanto las profecías me habían hecho comprender sobre el origen de nuestro hombre: se lo pondré en francés, tal como lo tengo delante:

»*C'est un Bourbon. Ce n'est ni un d'Orleans, ni le duc d'Anjou* (rama española), *ni un Naundorff* (rama francesa ó sedicente tal); C'EST UN DESCENDANT DE MASQUE DE FER.

»Hace de cuatro á seis años, no tengo presente la fecha

(esto se escribía hace tres años), dijo la misma que el tal hombre tenía entonces unos treinta años, *une treintaine d'années*; y poco después le dijo «su ángel», según ella afirma, que en aquel momento estaba el hombre pensando en venir á Francia (quizá huyendo, como indican varias profecías).

»Note usted, para su gobierno, que esta muchacha predijo con bastante anticipación, y con detalles que pasman, el horroroso incendio del Bazar de la Caridad. Ha dicho otras cosas acerca del hombre, pero no quiero extenderme más».

Nos extenderemos nosotros, que el asunto lo merece; y antes de pasar á otro artículo, cerraremos éste diciendo: que si el Gran Monarca no es descendiente de Masque de Fer, un misterio análogo envolverá de todos modos su genealogía.

III

Más datos.

En primer lugar, preguntamos: No obstante ser verdad que se han cumplido literalmente varias predicciones de la susodicha joven, ¿qué fe merecen sus predicciones sobre el Gran Monarca, si el mismo autor de la carta precedente dice que su inspiración no viene de Dios? He aquí la respuesta, tomada de otra carta de la misma persona:

«N. se me había manifestado siempre incrédulo cerrado en esto de profecías. Yo también lo fuí en un tiempo, quizá más que él; pero estudié las profecías como él no las estudiará nunca, y hoy no desprecio ni siquiera las que evidentemente son inspiradas por Satanás, ni otras en apariencia ridículas. Consulta la suma ú otro buen tratado de Teología, y verás: 1.º Que si la profecía *simpliciter* tal no puede ser inspirada por el demonio, puede serlo la *secundum quid*.—2.º Que verificándose siempre esta profecía demoniaca por medios sensibles ó visión imaginaria, no siempre es verdadera como la divina; pero lo es muchas ó las más veces.—3.º Que los profetas inspirados por el demonio no siempre que anuncian verdad es por inspiración de éste, sino que á veces la anuncian